

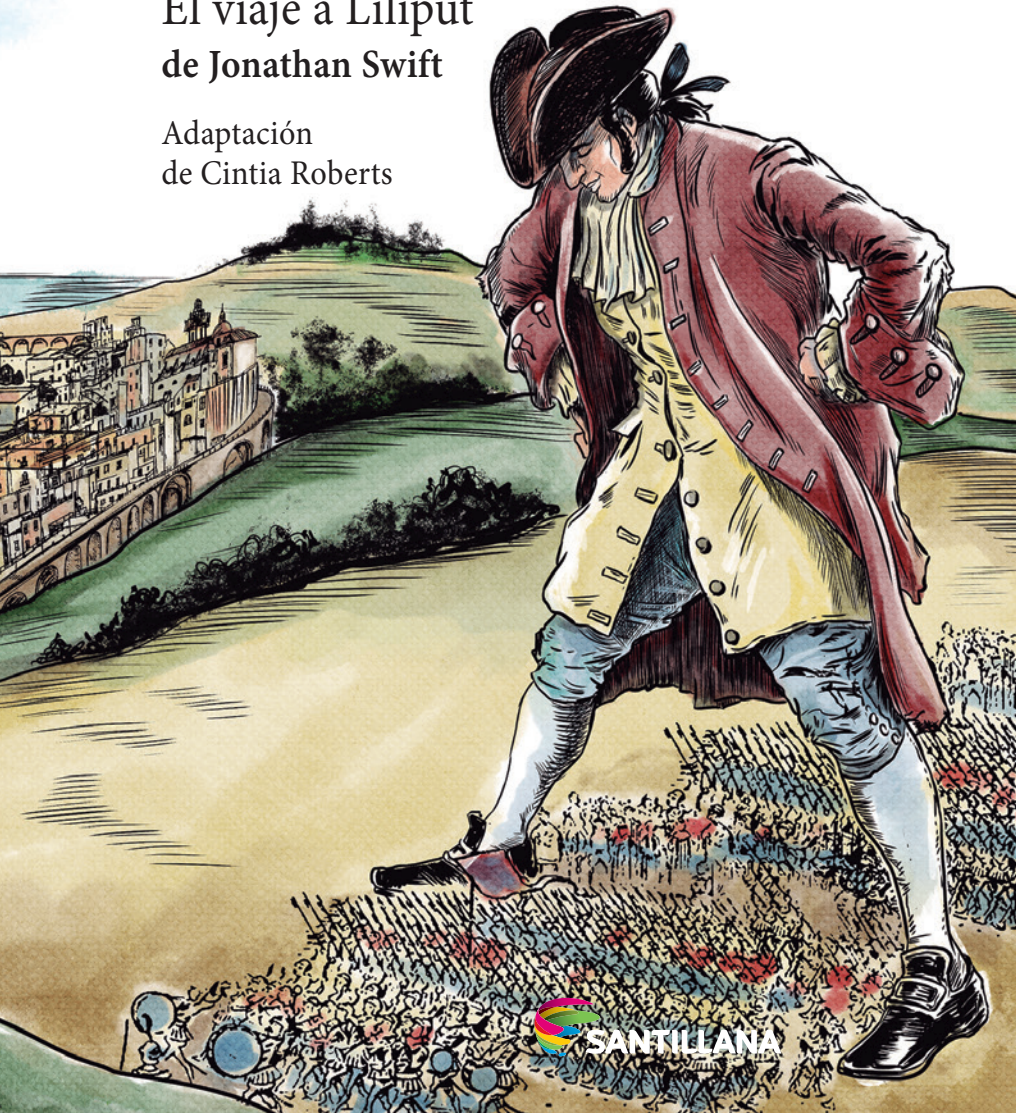


RECORRIDOS
DE LECTURA

LOS VIAJES DE GULLIVER

El viaje a Liliput
de Jonathan Swift

Adaptación
de Cintia Roberts



 SANTILLANA



LOS VIAJES DE GULLIVER

El viaje a Liliput
de Jonathan Swift

Adaptación de Cintia Roberts

La novela *Los viajes de Gulliver* se entrega gratuitamente con *Recorridos de lectura y escritura 4.° Prácticas del lenguaje* y no puede venderse por separado.

Recorridos de lectura y escritura 4.° Prácticas del lenguaje es un proyecto coordinado por María Elena Cuter.

Edición: Sofía Inés Lunazzi

Corrección: Andrea Gutiérrez

Jefa de edición: Sandra Bianchi

Diagramación: Adrián C. Shirao

Ilustraciones: GIO Fornieles

Gerente de arte: Silvina Gretel Espil

Swift, Jonathan

Los viajes de Gulliver : el viaje a Liliput / Jonathan Swift ; adaptado por Cintia Roberts. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2022.

80 p. ; 20 x 14 cm. - (Recorridos de lectura y escritura)

ISBN 978-950-46-6911-1

1. Literatura. 2. Educación Primaria. I. Roberts, Cintia, adapt. II.

Título.

CDD 372.4

Obra completa: 978-950-46-6912-8

© 2022, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP),

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

ISBN: 978-950-46-6911-1

ISBN de obra completa: 978-950-46-6912-8

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: septiembre de 2022

Todos los derechos reservados.

Este libro no puede ser reproducido total ni parcialmente en ninguna forma, ni por ningún medio o procedimiento, sea reprográfico, fotocopia, microfilmación, mimeógrafo o cualquier otro sistema mecánico, fotoquímico, electrónico, informático, magnético, electroóptico, etcétera. Cualquier reproducción sin permiso de la editorial viola derechos reservados, es ilegal y constituye un delito.

LOS VIAJES DE GULLIVER

El viaje a Liliput
de Jonathan Swift

Adaptación de Cintia Roberts

ÍNDICE

CAPÍTULO 1.	
<i>Gulliver cuenta de su familia, sus estudios y su gusto por viajar, de cómo llegó a Liliput y qué le pasó allí.</i>	7
CAPÍTULO 2.	
<i>El emperador de Liliput, junto con varios integrantes de la nobleza, visita a Gulliver en su prisión y toma algunas decisiones.</i>	15
CAPÍTULO 3.	
<i>Gulliver divierte al emperador de manera muy ingeniosa y alberga esperanzas de recobrar su libertad.</i>	23
CAPÍTULO 4.	
<i>Gulliver describe Mildendo, capital de Liliput, así como el palacio del emperador. Allí se ofrece a ayudar al emperador en sus guerras.</i>	33
CAPÍTULO 5.	
<i>Gulliver logra evitar una invasión valiéndose de una extraordinaria estrategia. Luego contribuye a salvar el palacio de un inesperado incendio.</i>	41
CAPÍTULO 6.	
<i>Narra la cultura, costumbres y hábitos de los liliputienses, cómo educan a sus niños. El modo de vida de Gulliver en aquel remoto país.</i>	49
CAPÍTULO 7.	
<i>Gulliver es informado de un plan contra él para acusarlo de traición, entonces huye a Blefuscu.</i>	61
CAPÍTULO 8.	
<i>Gracias a un incidente afortunado, Gulliver encuentra el modo de abandonar Blefuscu y volver a su patria.</i>	69

CAPÍTULO 1

Gulliver cuenta de su familia, sus estudios y su gusto por viajar, de cómo llegó a Lilibut y qué le pasó allí.

Mi padre tenía una hacienda en el condado de Nottingham y yo era el tercero de cinco hijos. Cuando cumplí los 14 años me enviaron al colegio de Cambridge, pero como esta institución era demasiado costosa, al cabo de unos años me pusieron de aprendiz de un médico londinense, Mr. James Bates. El dinero que podía ahorrar de lo que mi padre me enviaba lo invertía en estudios sobre el arte de navegar y otras ramas de la matemática que son útiles para quien quiere viajar, cosa que tanto había deseado y soñado.

Años después fui a la universidad a estudiar Medicina. Cuando recibí mi título, Mr. Bates me ayudó a conseguir mi primer trabajo como médico del Golondrina, un navío en el que pasé tres años viajando y trabajando.

Al regresar me asenté en Londres, donde me casé con la delicada Mary Burton. Y dos años más tarde, después de la muerte de mi querido maestro Mr. Bates, me empezó a ir mal en los negocios y determiné que me embarcaría de nuevo. Fui médico en dos barcos y viajé durante seis largos años, lo que me permitió mantener a mi familia y amasar una modesta fortuna. Cuando estaba en tierra, observaba

las costumbres y forma de ser de la gente y aprendía su lengua, para lo que tenía gran facilidad y buena memoria.

Entre viaje y viaje visitaba a mi familia, a mis hijos que ya habían nacido y a mi querida esposa. Cuando me cansé del mar decidí quedarme en tierra firme para estar más cerca de ellos. Sin embargo, el trabajo no resultaba como lo había imaginado, no tenía suficientes pacientes y después de tres años en que las cosas iban de mal en peor acepté una propuesta para volver a embarcarme. Partimos del puerto de Bristol el 4 de mayo de 1699 en el Antílope.

Inicialmente el viaje fue muy venturoso, pero al cruzar los mares rumbo a las Indias Orientales fuimos arrastrados por una vigorosa borrasca hacia el noroeste de Tasmania.¹

Doce tripulantes murieron por el excesivo trabajo; los demás se encontraban muy débiles.

El 5 de noviembre, los marineros pudieron ver un escollo cerca de la nave. El viento soplabá tan fuerte que fuimos arrastrados bruscamente hacia él, estrellándonos al instante. Seis miembros de la tripulación, yo entre ellos, lanzamos un bote al agua y conseguimos alejarnos del navío y del escollo.

Estábamos tan cansados que no pudimos remar demasiado, y al cabo de poco tiempo el bote también naufragó. No sé qué fue de mis compañeros, pero yo nadé sin descanso, empujado por el viento y la marea, hasta que avizoré las costas de una tierra desconocida.

1. En el original dice Tierra de Van Diemer: se daba este nombre a la isla de Tasmania y también al noroeste del entonces apenas explorado continente australiano. El nombre de Van Diemer se debe al gobernador de las Indias Orientales holandesas.

Parecía que no llegaría jamás a hacer pie a la orilla y cuando ya estaba perdiendo las últimas fuerzas, sentí que hacía pie. Caminé mucho por el agua hasta llegar a la playa, estaba anocheciendo cuando logré pisar la arena. Y mucho más aún caminé hasta que la arena terminó y comenzó la hierba, que estaba tan suave debajo de mis pies y yo tan cansado que me eché sobre ella y me quedé profundamente dormido.

Cuando desperté ya estaba amaneciendo, pero la sorpresa me la llevé cuando intenté levantarme y no pude hacerlo. Tendido boca arriba, sentí los brazos, las piernas y hasta la cabeza tan bien sujetados que me habían inmovilizado por completo. Lo único que podía hacer era mirar hacia arriba. El Sol ya enneguecía. Oía un ruido confuso a mi alrededor y en ese instante sentí que algo se movía sobre mi pierna, atravesaba mi abdomen, mi pecho y llegaba cerca del mentón. Parado sobre mi rostro pude verlo: se trataba de una pequeña criatura humana que no medía más de seis pulgadas,² que sujetaba un arco y una flecha y llevaba colgada una aljaba. Cuarenta más de su especie venían tras él.

Solté un rugido de incomodidad y tal fue mi sorpresa cuando todos comenzaron a correr despavoridos, cayendo y chocándose entre sí.

Hice fuerza para liberarme y pude romper las cuerdas y arrancar las estacas que me sujetaban el brazo izquierdo. Pero aquellas criaturas dispararon sobre mi mano izquierda más de un centenar de flechas que se me clavaron como agujas. Entonces, pensé que lo más prudente era quedarme quieto.

2. Una pulgada equivale a 2,54 centímetros.

Cuando aquellas pequeñas gentes notaron que me había calmado, dejaron de disparar, pero sentía que el murmullo aumentaba, lo que me permitió advertir que era su número el que crecía, que se iban aproximando cada vez más personitas.

Confieso que me sentía repetidamente tentado, mientras iban y venían por mi cuerpo, de agarrar a los cuarenta o cincuenta de los que estuviesen a mi alcance y arrojarlos contra el suelo. Pero el recuerdo de lo que me había pasado, y la palabra de honor dada, pues así interpretaba yo mi



sumisión, pronto hicieron que olvidase estas ideas. No podía dejar de maravillarme por el valor de tan diminutos mortales, que se atrevían a subir a mi cuerpo y pasearse por él, mientras una de mis manos estaba libre, y de que no temblasen ante la presencia de una criatura tan prodigiosa como yo debía de aparecer ante sus ojos.

Acercaron una plataforma de medio metro de alto con escalones y por ella subió una persona que parecía de un elevado rango por sus vestiduras. Apenas pude girar la cabeza para verlo y pude apreciar que se trataba de un hombre joven, de mediana edad, y que un paje sostenía la cola de su



traje y dos asistentes lo escoltaban. Uno de ellos se atrevió a llegar hasta donde podía divisar toda mi cara y, levantando las manos y abriendo los ojos con sorpresa, gritó con voz chillona pero clara: *Hekinah degul*.

Soltó un discurso que no llegué a entender, pero cuando hubo terminado hice señas de que me encontraba muerto de hambre, con un gesto de muy mala educación me señalaba la boca abierta con el dedo índice. El hombre comprendió a la perfección porque descendió de la plataforma y envió a un centenar de nativos a darme alimento.

Cientos de pequeños hombrecitos comenzaron a ascender por unas escaleras apoyadas en mis costados hasta llegar a mi boca y deslizar cestas repletas con platillos de comida de todo tipo, carnes, pernils, lomos bien adobados y diminutos panes caseros. Cuando terminé de engullir aquellas delicias en miniatura, hice señas de que necesitaba beber, sentí sed, de modo que esta gente ingeniosa y hospitalaria acercó un gran tonel de vino a la mano que había logrado soltarme, la izquierda, y me lo bebí de una sola vez. Sabía a vino de borjoña, delicioso y dulce, y luego otro. Me trajeron un segundo tonel, que vacié de la misma manera, haciendo señas de que quería más, pero no tenían. En cuanto hube terminado se pusieron a gritar de alegría y a bailar sobre mi pecho, repitiendo varias veces, como habían hecho al principio, *Hekinah degul*.

En ese momento se acercó una persona de alto rango que venía de parte de Su Majestad, por lo que pude comprender luego, y me señalaba en dirección hacia un lugar que luego también supe era hacia la capital. Por orden del emperador me habían puesto una poción soporífera en el vino, por lo que todo lo que narraré a continuación fueron cosas que me enteré al despertarme.

Esta civilización resultó ser muy avanzada en las ciencias matemáticas y dotada de gran perfección en la mecánica. Habían construido varias máquinas de madera que solían usar para trasladar árboles. Una de ellas, que tenía veintidós ruedas sirvió, en esta ocasión, para trasladarme a mí.

Me sujetaron de las piernas, los brazos y hasta el cuello con gasas, para no lastimarme. Entre un centenar de los hombres más fortachones me levantaron y cargaron hasta aquella maquinaria de madera, la pusieron en paralelo a mi cuerpo y comenzaron a traspasarme, tarea que duró aproximadamente unas tres horas.

Durante el resto del día marcharon y solo pararon a descansar por la noche. Me escoltaban aproximadamente 500 centinelas con antorchas, arcos y flechas.

Al día siguiente, al salir el Sol reanudamos la marcha. Llegamos a la ciudad cerca del mediodía y el emperador y la corte salieron a recibirnos, pero no se acercaron demasiado.

Subido a un torreón, del otro lado de la calle, Su Majestad me observaba.

Unos cien mil habitantes salieron con el propósito de verme, pero pronto se hizo público un bando prohibiéndolo bajo pena de muerte.

El carruaje se detuvo en la puerta de un antiguo e inmenso templo, de modo que, entendí, se convertiría en mi alojamiento. La puerta era extremadamente grande para los habitantes de Liliput pero estrecha para mí, me permitía apenas entrar a la rastra y echarme a lo largo en el templo. A cada lado de la puerta había dos ventanas por las que los guardias pasaron noventa cadenas con las que amarrarme a los tobillos y luego al templo con treinta y seis candados.

Cuando los guardias se aseguraron de que no podría escapar, cortaron las amarras que me sujetaban al carruaje. Pude levantarme, un poco mareado por el soporífero aún, y el clamor de la gente fue tan ensordecedor que volví a sentarme y recostarme sobre el templo.

Me quedaría ahí hasta que ellos dispusieran nuevamente de mí.



